

081. La familia de siempre

Cuando oímos hablar hoy sobre la familia, se nos dicen muchas veces estas dos expresiones: “la familia tradicional” y “la familia moderna”. Pero, ¿hablamos bien, adecuadamente, cuando nos expresamos así? ¿Es que Dios, autor de la familia, hizo dos tipos, uno para siglos pasados, otro para los siglos por venir?... La familia, tal como la ideó la mente de Dios y tal como salió de las manos divinas, tiene unas características invariables, válidas para todos los tiempos.

Al llamar “tradicional” a la familia, se piensa siempre en unos valores que todos hemos admirado, y más cuando hemos tenido la dicha de vivirlos y experimentarlos en nosotros. Por ejemplo, aquel ir el domingo todos juntos a la Misa parroquial, que mantenía la fe en Dios, la fidelidad a la Iglesia, la piedad en cada uno de nosotros, desde niños hasta mayores.

Si hablamos de familia “moderna”, lo primero que pensamos también es en esos valores perdidos. Ponemos el mismo ejemplo. ¿A quién se le ocurre hoy el que los padres vayan al templo junto con los hijos, apenas éstos se han hecho algo mayorcitos? Los hijos irán a la iglesia si les va bien, y, desde luego, ya no con los papás, sino con los amigos o amigas que les vengán mejor.

Pero, ¿deja por eso la familia de conservar el valor de ser la primera formadora de la fe?. Seguimos con el mismo ejemplo. ¿Pueden los padres dejar la Misa, sabiendo que los hijos harán lo que hayan visto en sus progenitores? ¿Pueden los hijos dejar de ir a la Iglesia, una vez tienen conciencia de su deber para con Dios, aprendido precisamente en el hogar?...

Si ponemos el ejemplo de la Misa es por ser quizá el más llamativo, cuando se piensa en lo antiguo y en lo moderno de la familia clásicamente cristiana. Como podría ser el trabajo de la mujer fuera del hogar.

Pero, la expresión “tradicional” y “moderna”, vale para mil asuntos más.

Que si el trabajo en que hay que formar a los hijos;
que si el noviazgo y sus formas actuales;
que si la elección de carrera; que si las diversiones;
que si la televisión que nos ha alterado la vida en la casa;
que si el diálogo que se nos exige para cualquier actuación;
que si los hijos que se independizan del hogar...

Todo esto son realidades que no podemos soslayar. Las cosas son así, y ya no hay retroceso posible.

Sabemos que, anteriormente, la familia tenía valores muy grandes, muy positivos, y hay que mantenerlos a toda costa. Si no en sus formas, sí en la realidad que contienen. Sabemos, igualmente, que hoy se han desarrollado valores antes nunca pensados, como es el sentido de responsabilidad de los hijos. Valores que hay que admitir sin más, como regalos de Dios.

Si antes hemos puesto el ejemplo de la Misa, ahora ponemos el del noviazgo. Antes, se desarrollaba el trato de los novios en un clima casi policial. Honestidad, ante todo: era el ideal de los padres. Y lo conseguían, aunque fuera con la esclavitud o el desespero de los hijos.

Hoy, tienen los padres el mismo derecho y deber de velar por esta honestidad. Por lo mismo, el valor permanece igual. Pero, ¿lo van a conseguir con las mismas formas? ¡Imposible! Hay que cambiar de sistema. Vendrá una vigilancia serena, fundada en el sentido de responsabilidad de los hijos. Éstos, si han sido bien formados, se tomarán libertades antes nunca soñadas: pero será su conciencia quien establezca los límites de esas libertades, para salvaguardar su honestidad personal y para seguridad de los papás.

Recuerdo a este propósito a una señora a quien nos tocó por dicha conocer bien. Madre de bastantes hijos, supo formarlos magníficamente. Hechos ya mayores, cada uno campaba por las suyas al llegar el fin de semana. Les pedía, eso sí, que no dejaran por nada la Misa, y solían ir, como era natural en su ambiente, a la última del domingo. Pero la mamá, estupenda formadora, les expresaba su ilusión: *-Me gustaría verles comulgar a todos, pero sin que hayan tenido necesidad de confesarse antes...*

¡Aplausos, para esta educadora formidable! (Unos aplausos que ya le habrá tributado generosamente el Señor, pues se la llevó en la plenitud de la vida...)

En lo que llamamos “moderno”, hay valores y contravalores. Lo malo sería aceptar los contravalores por pensar que nos ponen al día, cuando en realidad nos pueden llevar a la destrucción de la familia.

Los valores antiguos, ¡a conservarlos del todo! Aunque cambiemos las formas, hoy pasadas de moda.

Los valores modernos, ¡a aceptarlos con decisión! Si son “valores”, vienen indiscutiblemente de Dios.

De esta manera, no podemos hablar de “familia tradicional” ni de “familia moderna”. Familia es la familia ideada, creada y constituida por Dios.

La que arrancó del paraíso, con la primera bendición de Dios.

La que estableció la Ley del Sinaí.

La que perfeccionó y sancionó Jesucristo.

La que vivió el mismo Jesucristo, con su Madre bendita y José en Nazaret, tipo, imagen, ejemplar y modelo de la familia de ayer, de hoy y de mañana. La familia del amor, de la honestidad, del trabajo, del respeto, de la libertad, de la fidelidad, de todos los valores unidos en un apretado haz, sin que le cupiera en medio un solo contravalor, que la hubiera echado toda a perder.

Mirando a Jesucristo, hijo de una familia, entendemos el misterio de la familia querida por Dios. “Tradicional” como la del paraíso, “moderna” como la que más...